

# Certidumbre

A. Glez



# Capítulo 1

Nada tiene sentido ni razón de ser. Presencio todo lo que rodea a mi cercanía como si se encontrara distante a mi. Estoy presente pero no sé si los otros logran verme. ¿Debería notarles yo a ellos? Es como estar en un dibujo. Todo es parte de todo, cada detalle está para formar una escena más grande que sí mismo. Y aún, el dibujo es solo eso, un dibujo. No existe más allá de quien le creo o de quien le admire.

No logro entenderlo. Me pierdo en el tiempo y espacio, pero ellos me siguen de cualquier forma. No es que les pretenda huir, es solo que no logro sentirme parte de ellos, de su plan del que se supone sea parte, en el que he de ser un minúsculo punto señalado en el plano del universo.

No hay nada qué entender para mí. La oscuridad no me permite ver y la luz penetrante en mis pupilas me ha de cegar. No hay nada para observar ni descifrar. Ya no hay ayer y el mañana no llega. Apenas y me doy cuenta de que este momento sucede.

¿Qué es real? Nunca me ha fascinado la mentira. Pero la realidad ya no me parece divertida. Vivir un día una y otra vez, una y otra vez, un día más nuevamente comienza, otro día más...otro día menos al fin. Qué más da. Cada amanecer de un nuevo día es una condena que el tiempo ha impuesto al destino. Sin saber nunca qué ha de ser, así será inequívocamente de cualquier manera. Lo que ha de ser, sucederá.

El destino es acechado por el tiempo. Le ha de alcanzar siempre, le espera paciente, le persigue persistente, no se rinde, por él vive, para él existe. El tiempo anhela lo que el destino tiene: incertidumbre. El tiempo es tan cierto, tan predecible. Ya a nadie parece preocuparle, los hombres hasta pretenden desafiarle.

Pero el destino es desconocido para los hombres aun y cuando le saben inmutable. Emoción aterradora. La muerte espera. El tiempo le apresura. El tiempo demanda la existencia del destino. Le obliga a cumplir su promesa. El destino promete mientras el tiempo somete. Par caprichoso del universo que le consiente. Celosos de la vulnerabilidad de los hombres, esa que no le conocen ni entienden, urden planes en su deseo de verles rehusar a rendirse.

Es vano luchar contra los designios del tiempo sobre el destino. Aunque sufra el desdén desenfadado de los hombres, o el propio destino le ignore, cierto el tiempo es.